



# Un cuento para las niñas

## La princesa flor de Oro

**P**UES, señor... En el Imperio chino, hace tantos años que no se podrían contar en un día entero, había un emperador chino que se llamaba Tchen-So, y tenía una hija que era china como él.

Nadie en el mundo vió jamás una china tan bonita, ni volverá a verla nunca.

Tenía los ojos como dos almendras puestas al biés, la boca pequeña y encarnada, y la nariz era como un pellizquito en medio de la cara amarilla y resplandeciente.

Su cabello... ¡Oh, esto era lo terrible y lo que nadie más que el emperador y su nodriza sabían! La princesa tenía el pelo rubio, rubio como un haz de espigas; pero le llevaba cubierto con gorra de seda, para que nadie descubriera su secreto.

¿Quién ha visto nunca una china rubia? Las chinitas están orgullosas de su pelo sedoso y brillante, y tan negro que da en azul.

Por eso el emperador consideraba una desgracia terrible aquel cabello rubio, que con los años se iba haciendo más pálido y delicado.

La chinita crecía y crecía, y era más bonita cada año, y en el mundo entero comenzaba a hablarse de la belleza de la hija del emperador de la China.

Un día llegó al puerto una flota de barcos de plata y de oro, con cientos de servidores, y el hijo del emperador del Japón, que venía a pedir la mano de la princesa.

Era un príncipe muy rico, que tenía muchísimos palacios, y barcos, y más de mil trajes, todos de colores diferentes.

Por esto, el emperador de la China deseaba que se casara con su hija, y temía que el príncipe renunciara a ello en cuanto viera el color de sus cabellos.

Después de pensarlo mucho, llamó a los tres sacerdotes más sabios del Imperio, y luego de hacerlos sentar en torno suyo, les descubrió el secreto de la princesa.

—¡Jamás lo hubiéramos creído!—dijo el más gordo.

—Ni aunque nos lo hubieran jurado—dijo el más amarillo.

—Porque tú lo dices lo creemos—dijo el más flaco.

Y se pasaron discutiendo todo el día, para decidir, al fin, que debía decirse la verdad al príncipe.

—Le dirás que todos los pecados de tus antepasados han caído sobre los cabellos de la princesa.

—Le dirás que todos los dolores del Imperio han cambiado el color de sus cabellos.

—Le dirás que tus propias penas han florecido en su cabeza...

Y el emperador salió al jardín para recibir al príncipe del Japón, que venía rodeado de grandes caballeros y seguido por cientos de servidores.

—Amado príncipe—le dijo—: la princesa, mi hija, es tan bonita como la fama hizo llegar a tus oídos; pero los pecados de mis antepasados, los dolores del Imperio y mis propias penas han convertido sus cabellos en hebras de lino...

El príncipe dijo que no le importaba el color de los cabellos de la princesa, y que siendo bonita y buena serían tan felices como pudieran desear.

Pero durante la noche que siguió al día de la presentación, el príncipe japonés, sus cientos de servidores y los barcos de plata y de oro se volvieron al Japón por donde habían venido.

Poco tiempo después, un gran señor kalmuco vino montado en un caballo blanco, y más de doscientos esclavos detrás. Era señor y dueño de tantas tierras que no se podían andar en tres años, y de bosques espesos, y de manadas de búfalos y de cabras.

Y como había oído hablar de la belleza de la princesa china, venía a casarse con ella.

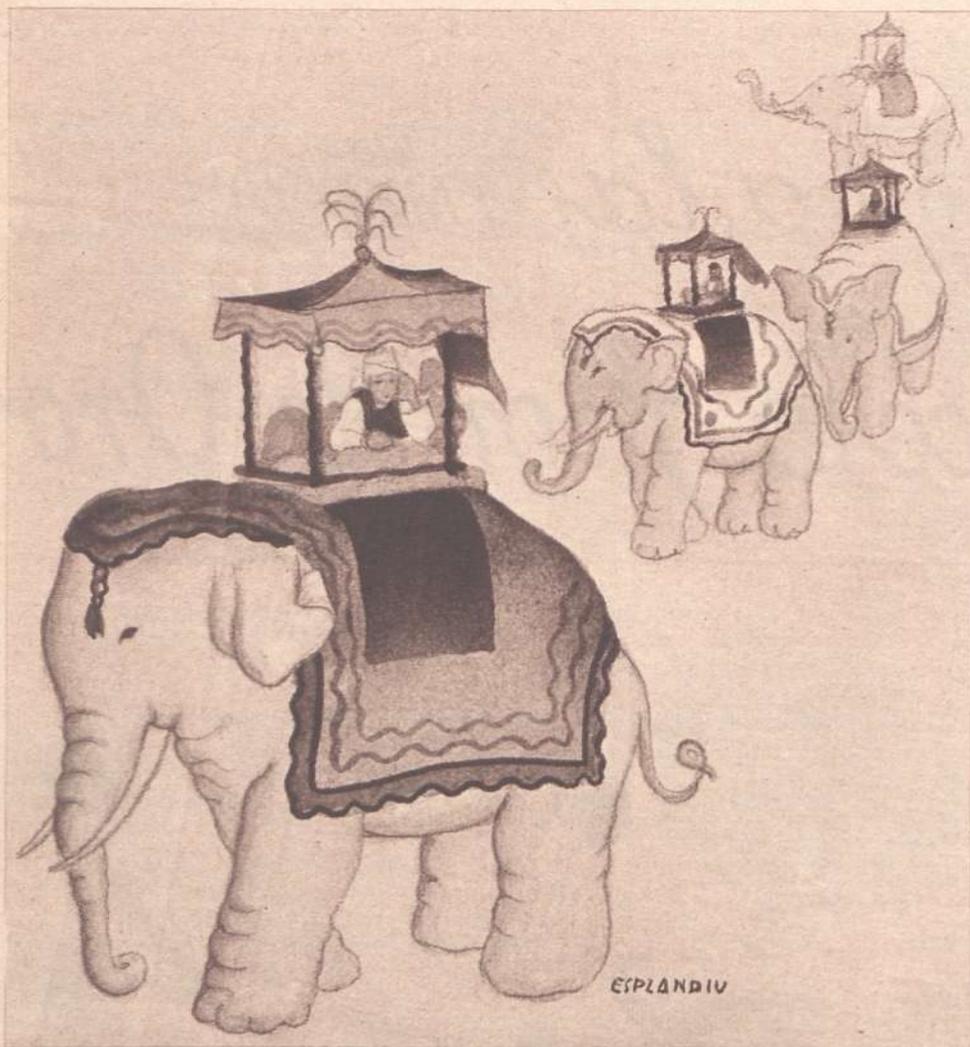
Entonces, el emperador decidió aconsejarse de los tres padres más razonables del Imperio, y los mandó llamar.



Nadie en el mundo vió jamás una china tan bonita... Pero lo terrible era que la princesa tenía el pelo rubio, rubio como un haz de espigas...

(Dibujo de Esplandiu)

crónica



La pobre princesa rubia se moría de aburrimiento, cuando un príncipe indio, montado en un elefante blanco, vino a pedir su mano...  
(Dibujo de Esplandiv)

Encerrado con ellos, les contó su secreto y les preguntó:

—¿Qué haríais vosotros si alguna de vuestras hijas tuviera los cabellos dorados?

—Yo le teñiría los cabellos de negro—dijo el más viejo.

—Yo le afeitaría la cabeza—dijo el más joven.

—Yo le cortaría la cabeza—dijo el más bruto.

Y como sólo la primera solución era del gusto del emperador, mandó llamar a la nodriza, y dispuso que tiñera de negro el cabello de la princesa.

Más de cien cubos de agua se invirtieron en lavar los cabellos, y otros cien de tinta en teñirlos, y veinte carros de jabón en quitar todas las manchas del traje y de las manos de la princesa y de su nodriza, que estaban emborronadas.

Y el emperador salió hasta la puerta a recibir al gran señor kalmuco, y le llevó de la mano hasta los pies de su hija, hermosa y resplandeciente.

Era una mañana de Abril, cuando los almendros tienen flor, y las nubes vienen y van por el cielo repartiéndose regaderas de agua donde menos se piensa.

Así, estando la princesa y el gran señor en dulce charla, empezó a llover, y no lo advirtieron hasta que... ¡la tinta de los cabellos se corrió!, y cayó negra y sucia por la cara de la princesa, pringándole el vestido y descubriendo debajo del azulado cabello el color rubio de lino... El gran señor se levantó asustado, y encontró tan fea a la princesa y tan absurdo el color de su pelo, que se marchó sin despedirse. Al otro día, con sus cabellos blancos y sus doscientos esclavos, se volvió a sus bosques y a sus tierras llanas, que no podían andarse en tres años.

Pasó el tiempo. La pobre princesa rubia se moría de aburrimiento en su palacio de porcelana, y el emperador había renunciado a casarla, cuando un príncipe indio, montado en un elefante blanco y seguido de otros cien elefantes con un caballero indio encima, vino a pedir su mano. No había tiempo de reunir a personas autorizadas para pedir consejo, y el emperador, que se paseaba por los jardines cuando vinieron a anunciarle al príncipe indio, no vio cerca de él más que a su jardinero.

—Jardinero—le dijo—: voy a confiarte un secreto de Estado. La princesa tiene los cabellos dorados, y esto la ha impedido hasta ahora encontrar esposo. Un príncipe, que lo ignora, viene a pedir su mano... ¿Qué me aconsejas?

El jardinero se echó a reír, a reír, y le dió un golpe de tos tan grande, que no podía contestar.

Pero al ver que al emperador esto le ofendía, se quedó repentinamente serio y dijo:

—Señor, las flores más raras son las que más se aprecian... Si yo tuviera una hija con los cabellos dorados, no habría príncipe bastante rico para casarse con ella. Una sola planta he conseguido en vuestras estufas distinta a todas las conocidas, y la he llamado Flor de Oro, porque ella sola bastará a enriquecerme.

Quiso el emperador ver la planta maravillosa. Era el crisantemo, que por primera vez se veía en la China. Y con un puñado de sus flores, tan parecidas a los cabellos de la princesa, fué a buscar a su hija. Un instante después, el príncipe indio fué recibido por el emperador, que le esperaba en su trono de oro y diamantes, y le alargó la mano para dejarle besar las puntas de los dedos.

Arrodillado a sus plantas, le dijo el príncipe que habiendo llegado a sus oídos la fama de la belleza de su hija, venía a pedirla que consintiera en ser su esposa.

—Déjame pensarlo, noble príncipe—dijo el emperador—. Grandes son tus riquezas y tu poder; pero la belleza de la princesa es tanta como no hay otra en el mundo, y el mismo Sol hiló sus rayos de oro para hacer sus cabellos. Flor de Oro es el nombre de mi hija, porque sólo a la nueva flor de mis estufas puede compararse.

Entonces el príncipe indio mandó venir sus elefantes y extendió por el suelo todas las riquezas que en ellos venían. Collares de perlas, coronas de brillantes, marfil, esencias y maderas perfumadas.

—Y si aun no bastan los presentes que traigo para merecer a la princesa más hermosa del mundo, mandaré traer todos los tapices de mi palacio y todas las joyas de los templos...

Aun se hizo rogar mucho tiempo el emperador de la China, y ofrecer las perlas de los mares y los diamantes de la India, hasta consentir en que el príncipe indio viera a la princesa. Y cuando, al fin, ésta apareció vestida de seda, coronada con sus cabellos de oro y rodeada de crisantemos, el príncipe juntó las manos deslumbrado y aseguró que moriría allí mismo si no consentía en casarse con él.

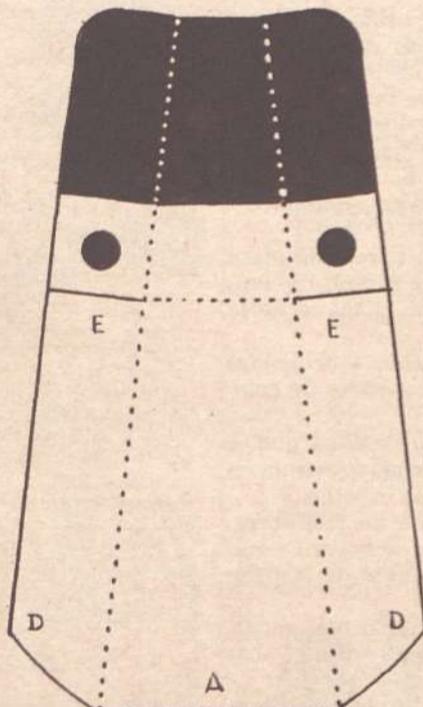
Se casaron y fueron felices todos los días de su vida.—ELENA FORTUN

## El "Arca de Noé" o los animales recortables, dibujados en una sola pieza por el caricaturista "Tono".

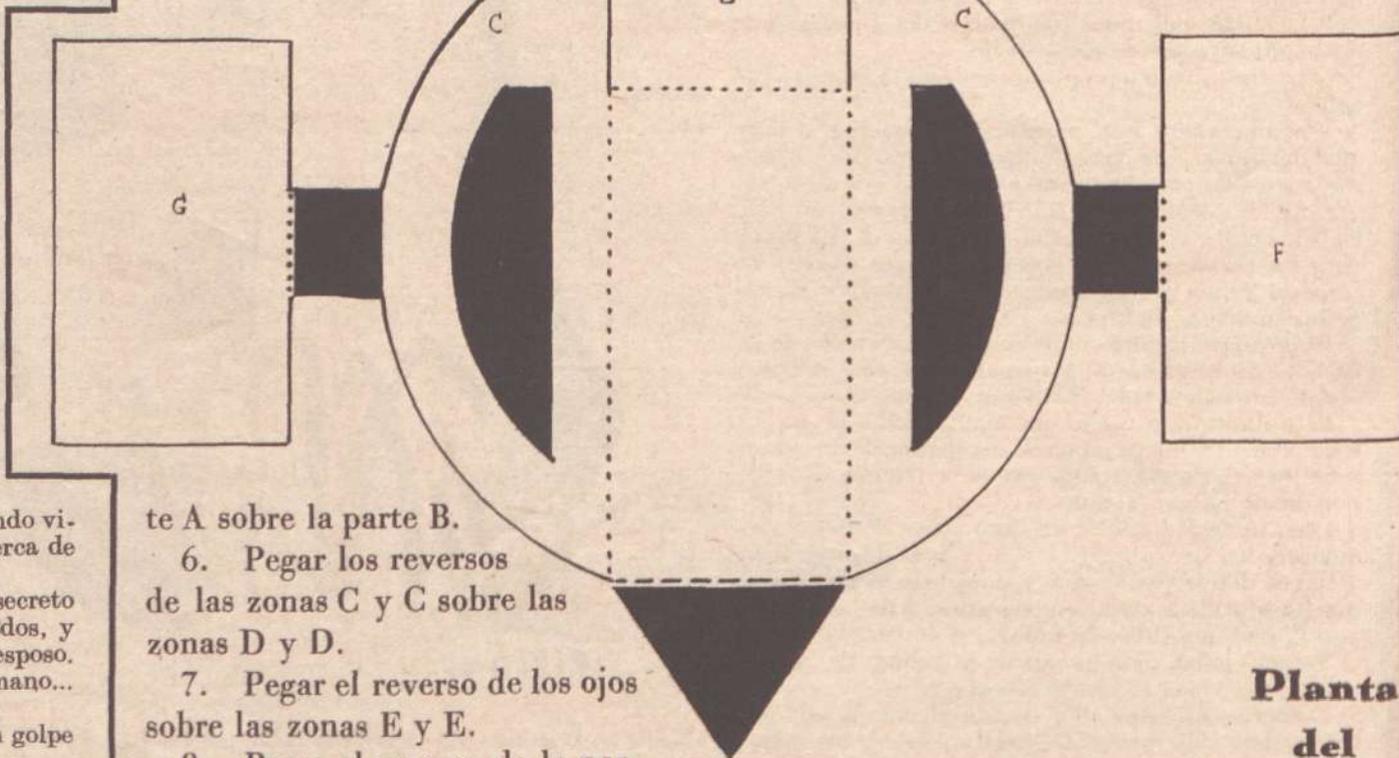
### EL PATO

#### Cómo se construye.

1. Pegar el dibujo sobre una cartulina.
2. Recortar por las líneas negras.
3. Doblar las líneas de puntos hacia abajo.
4. Doblar las líneas de rayitas hacia arriba.
5. Pegar la parte A sobre la parte B.



El pato de "Tono", después de construído.  
(Fot. Cortés)



te A sobre la parte B.

6. Pegar los reversos de las zonas C y C sobre las zonas D y D.

7. Pegar el reverso de los ojos sobre las zonas E y E.

8. Pegar el reverso de la parte F sobre G.

Planta del pato.